



La Santa Sede

SOLEMNIDAD DE TODOS LOS SANTOS

PAPA FRANCISCO

ÁNGELUS

Plaza de San Pedro

Domingo 1 de noviembre de 2015

[Multimedia]

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días y buena fiesta!

En la celebración de hoy, fiesta de Todos los santos, sentimos particularmente viva la realidad de la comunión de los santos, nuestra gran familia, formada por todos los miembros de la Iglesia, tanto los que somos todavía peregrinos en la tierra, como los que —muchos más— ya la han dejado y se han ido al Cielo. Estamos todos unidos, y esto se llama la «comunión de los santos», es decir, la comunidad de todos los bautizados.

En la liturgia, el Libro del Apocalipsis refiere una característica esencial de los santos, y dice así: ellos son *personas que pertenecen totalmente a Dios*. Los presenta como una multitud inmensa de «elegidos», vestidos de blanco y marcados por el «sello de Dios» (cf. 7, 2-4.9-14). Mediante este último particular, con lenguaje alegórico se subraya que los santos pertenecen a Dios en modo pleno y exclusivo, son su propiedad. Y ¿qué significa llevar el sello de Dios en la propia vida y en la propia persona? Nos lo dice también el apóstol Juan: significa que en Jesucristo nos hemos convertido verdaderamente en hijos de Dios (cf. 1 Jn 3, 1 -3).

¿Somos conscientes de este gran don? ¡Todos somos hijos de Dios! ¿Recordamos que en el Bautismo hemos recibido el «sello» de nuestro Padre celestial y nos hemos convertido en sus hijos? Dicho de un modo sencillo: llevamos el apellido de Dios, nuestro apellido es Dios, porque somos hijos de Dios. ¡Aquí está la raíz de la vocación a la santidad! Y los santos que hoy

recordamos son precisamente quienes han vivido en la gracia de su Bautismo, han conservado íntegro el «sello», comportándose como hijos de Dios, tratando de imitar a Jesús; y ahora han alcanzado la meta, porque finalmente «ven a Dios así como Él es».

Una segunda característica propia de los santos es que *son ejemplos para imitar*. Pero, atención: no solamente los canonizados, sino también los santos, por así decir, «de la puerta de al lado» que, con la gracia de Dios, se han esforzado por practicar el Evangelio en su vida ordinaria. De estos santos hemos encontrado tantos también nosotros; quizás hemos tenido alguno en familia, o bien entre los amigos y los conocidos. Debemos estarles agradecidos, y sobre todo debemos dar gracias a Dios que nos los dio, que nos los puso cerca, como ejemplos vivos y contagiosos del modo de vivir y de morir en la fidelidad al Señor Jesús y a su Evangelio. ¡Cuánta gente buena hemos conocido y conocemos!, y decimos: «esta persona es un santo». Lo decimos, nos viene espontáneamente. Estos son los santos de la puerta de al lado, los que no están canonizados pero viven con nosotros.

Imitar sus gestos de amor y de misericordia es un poco como perpetuar su presencia en este mundo. Y, en efecto, esos gestos evangélicos son los únicos que resisten a la destrucción de la muerte: un acto de ternura, una ayuda generosa, un tiempo dedicado a escuchar, una visita, una palabra buena, una sonrisa... Ante nuestros ojos estos gestos pueden parecer insignificantes, pero a los ojos de Dios son eternos, porque el amor y la compasión son más fuertes que la muerte.

Que la Virgen María, Reina de todos los santos, nos ayude a tener más confianza en la gracia de Dios, para caminar con impulso en el camino de la santidad. A nuestra Madre confiamos nuestro compromiso cotidiano, y le rogamos también por nuestros queridos difuntos, en la íntima esperanza de reencontrarnos un día, todos juntos, en la comunión gloriosa del Cielo.

LLAMAMIENTO

Queridos hermanos y hermanas:

Los dolorosos episodios que en estos últimos días han intensificado la delicada situación de la República Centroafricana, me causan viva preocupación. Hago un llamamiento a las partes involucradas para que se ponga fin a este ciclo de violencias. Estoy espiritualmente cercano a los padres combonianos de la parroquia Nuestra Señora de Fátima en Bangui, que acogen numerosos desplazados. Expreso mi solidaridad a la Iglesia, a las otras confesiones religiosas y a la entera nación Centroafricana, tan duramente puestas a la prueba mientras realizan todo tipo de esfuerzo para superar las divisiones y retomar el camino de la paz. Para manifestar la cercanía orante de toda la Iglesia a esta nación tan afligida y atormentada y exhortar a todos los centroafricanos a ser cada vez más testigos de misericordia y de reconciliación, el domingo 29 de

noviembre tengo intención de abrir la Puerta santa de la catedral de Bangui, durante el viaje apostólico que espero poder realizar a aquella nación.

Después del Ángelus

Ayer, en Frascati, fue proclamada beata la Madre Teresa Casini, fundadora de las Hermanas Oblatas del Sagrado Corazón de Jesús. Mujer contemplativa y misionera, hizo de su vida una oblación de oración y de caridad concreta en sostén de los sacerdotes. Damos gracias al Señor por su testimonio.

Saludo a todos los peregrinos, procedentes de Italia y de tantos países; en particular, los de Malasia y Valencia (España).

Saludo a los participantes en la Carrera de los santos y en la Marcha de los santos, promovidas respectivamente por la Fundación «Don Bosco en el mundo» y por la Asociación «Familia pequeña Iglesia». Aprecio estas manifestaciones que ofrecen una dimensión de fiesta popular a la celebración de Todos los santos. Saludo además a la coral de San Cataldo, a los jóvenes de Ruvo de Puglia y a los de Papanice.

Esta tarde iré al cementerio del Verano, en donde celebraré la santa misa en sufragio de los difuntos. Visitando el principal cementerio de Roma, me uno espiritualmente a quienes en estos días van a rezar a las tumbas de sus seres queridos, en todas las partes del mundo.

A todos les deseo paz y serenidad en compañía espiritual de los santos. ¡Feliz domingo! Y por favor, no os olvidéis de rezar por mí. ¡Buen almuerzo y hasta pronto!